

¡Mas—¿por qué has de nacer?... Que gire el
Sin la luz inmortal de la poesía, [mundo
De la materia al germinar fecundo
Rodando en los espacios todavía.

Y en un astro mejor, y en otra esfera
Nazca la humanidad, y el genio cante:
¡No temáis del espíritu que muera,
Esperad que á los cielos se levante!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA GENERAL DE LINGÜÍSTICA Y LINGÜÍSTICA
"ALFONSO REYES"
1946. 1625 MONTERREY, MEXICO

D.^a GERTRUDIS GÓMEZ DE AVELLANEDA

—
Á ÉL

En la aurora lisonjera
De mi juventud florida,
En aquella edad primera
—Breve y dulce primavera
De tantas flores vestida—
Recuerdo que cierto día
Vagaba con lento paso
Por una floresta umbria,
Mientras que el sol descendía
Melancólico á su ocaso.

Mi alma—que el campo enajena—
Se agitaba en vago anhelo,
Y en aquella hora serena
—De místico encanto llena
Bajo del tórrido cielo—

Me pareció que el sinsonte
Que sobre el nido piaba,
Y la luz que acariciaba
La parda cresta del monte,
Cuando apacible expiraba,

Y el céfiro, que al capullo
Suspiros daba fugaz,
Y del arroyo el murmullo,
Que acompañaba el arrullo
De la paloma torcaz,

Y de la oveja el balido,
Y el cántico del pastor,
Y el soñoliento rumor
Del ramaje estremecido...

¡Todo me hablaba de amor!
Yo—temblando de emoción—
Escuché concontento tal,
Y en cada palpitación
Comprendí que el corazón
Llamaba á un sér ideal.

Entonces, ¡ah! de repente,
—No como sombra de un sueño,
Sino vivo, amante, ardiente—
Se presentó ante mi mente
El que era su ignoto dueño.

Reflejaba su mirada
El azul del cielo hermoso;
No cual brilla en la alborada,
Sino en la tarde, esmaltada
Por tornasol misterioso.

Ni hercúlea talla tenía;
Mas esbelto—cual la palma—
Su altiva cabeza erguía,
Que alumbrada parecía
Por resplandores del alma.

Yo, en profundo arrobamiento,
De su hálito los olores

Cogí en las alas del viento,
Mezclado con el aliento
De las balsámicas flores;

Y hasta su voz percibía,
—Llena de extraña dulzura—
En toda aquella armonía
Con que el campo despedía
Del astro rey la luz pura.

¡Oh alma! di: ¿quién era aquel
Fantasma amado y sin nombre?...
¿Un genio? ¿Un ángel? ¿Un hombre?
¡Ah, lo sabes! era él:
Que su poder no te asombre.

Volaban los años y yo vanamente
Buscando seguía mi hermosa visión...
Mas dió al fin la hora; brillar vi tu frente:
Y «es él», dijo al punto mi fiel corazón.
Porque era, no hay duda, tu imagen querida
—Que el alma inspirada logró adivinar—
Aquella que en alba feliz de mi vida
Miré para nunca poderla olvidar.
Por tí fué mi dulce suspiro primero;
Por tí mi constante secreto anhelar...
Y en balde el destino—mostrándose fiero—
Tendió entre nosotros las olas del mar.

Buscando aquel mundo que en sueños veía,
Surgólas en tiempo valiente Colón...
Por tí—sueño y mundo del ánima mía—
También yo he surcado su inmensa extensión.
Que no tan exacta la aguja al marino
Señala el lucero que lo ha de guiar,

Cual fija mi mente marcaba el camino
Do hallar de mi vida la estrella polar.

Mas ¡ay! yo en mi patria conozco serpiente
Que ejerce en las aves terrible poder...
Las mira, les lanza su soplo atrayente,
Y al punto en sus fauces las hace caer.

¿Y quién no ha mirado gentil mariposa
Siguiendo la llama que la ha de abrasar?...

¿Ó quién á la fuente no vió presurosa
Correr á perderse sin nombre en el mar?...

¿Poder que me arrastras! ¿Serás tú mi llama?
¿Serás mi océano? ¿Mi sierpe serás?...

¿Qué importa? Mi pecho te acepta y te ama,
Ya vida, ya muerte le aguarde detrás.

Á la hoja que el viento potente arrebata,
¿De qué le sirviera su rumbo inquirir?...
Ya la alce á las nubes, ya al cieno la abata,
Volando, volando le habrá de seguir.

AMOR Y ORGULLO

I

Los negros cabellos
Al viento tendidos,
Los ojos hundidos,
Marchita la tez,
Hoy llora humillada
La hermosa María,
Ejemplo algún día
De altiva esquivéz.

Su pecho acongoja
Profundo quebranto;
No alivia su llanto
Su acerbo dolor;
Que en triste abandono
Su amante la deja,
De bronce á su queja,
De hielo á su ardor.

El alba tres veces
Ha visto su pena,
La luna serena
Tres veces también;
Y lenta una hora
Tras otra ha seguido,
Sin que haya traído
Ninguna á su bien.

Ni un punto la noche
Sus ansias sosiega,
Que el sueño le niega
Su efimera paz;
Insomne á los vientos
Les cuenta su historia...
Guardó mi memoria
Su canto fugaz.

II

«Un tiempo hollaba por alfombra rosas;
Y nobles vates, de mentidas diosas
Prodigábanme nombres;
Mas yo, altanera, con orgullo vano,

Cual águila real al vil gusano,
Contemplaba á los hombres.»
«Mi pensamiento—en temerario vuelo—
Ardiente osaba demandar al cielo
Objeto á mis amores:
Y si á la tierra con desdén volvía
Triste mirada, mi soberbia impía
Marchitaba sus flores.»
«Tal vez por un momento caprichosa
Entre ellas revolé, cual mariposa,
Sin fijarme en ninguna;
Pues de místico bien siempre anhelante,
Clamaba en vano, como tierno infante
Quiere abrazar la luna.»
«Hoy, despeñada de la excelsa cumbre,
Do osé mirar del sol la ardiente lumbre
Que fascinó mis oios,
Cual hoja seca al raudo torbellino,
Cedo al poder del áspero destino...
¡Me entrego á sus antojos!»
«Cobarde corazón, que el nudo estrecho
Gimiendo sufres, dime: ¿qué se ha hecho
Tu presunción altiva?
¿Qué mágico poder, en tal bajeza
Trocando ya tu indómita fiereza,
De libertad te priva?»
«¡Miserio esclavo de tirano dueño;
Tu gloria fué cual mentiroso sueño,
Que con las sombras huye!
Dí, ¿qué se hicieron ilusiones tantas
De necia vanidad, débiles plantas
Que el aquilón destruye?»

«En hora infausta á mi feliz reposo;
¿No dijiste, soberbio y orgulloso:
—Quién domará mi brio?
¡Con mi solo poder haré, si quiero,
Mudar de rumbo al céfiro ligero
Y arder al mármol frío!—»
«¡Funesta ceguedad! ¡Delirio insano!
Te gritó la razón... Mas ¡cuán en vano
Te advirtió tu locura!...
Tú misma te forjaste la cadena,
Que á servidumbre eterna te condena,
Y á duelo y amargura.»
«Los lazos caprichosos que otros días
—Por pasatiempo—á tu placer tejías,
Fueron de seda y oro:
Los que hora rinden tu valor primero
Son eslabones de pesado acero,
Templados con tu lloro.»
«¿Qué esperaste, ¡ay de tí! de un pecho helado,
De inmenso orgullo y presunción hinchado,
De víboras nutrido?
Tú—que anhelabas tan sublime objeto—
¿Cómo al capricho de un mortal sujeto
Te arrastras abatido?»
«¿Con qué velo tu amor cubrió mis ojos,
Que por flores tomé duros abrojos
Y por oro la arcilla?...
¡Del torpe engaño mis rivales rien,
Y mis amantes, ¡ay! tal vez se engríen
Del yugo que me humilla!»
«¿Y tú lo sufres, corazón cobarde?
¿Y de tu servidumbre haciendo alarde,

Quieres ver en mi frente
El sello del amor que te devora?...
¡Ah! velo, pues, y búrlese en buen hora
De mi baldón la gente.»
«¡Salga del pecho—requemando el labio—
El caro nombre, de mi orgullo agravio,
De mi dolor sustento!...
¿Escrito no le ves en las estrellas
Y en la luna apacible, que con ellas
Alumbra el firmamento?»
«¿No le oyes, de las auras al murmullo?
¿No le pronuncia—en gemidor arrullo—
La tórtola amorosa?
¿No resuena en los árboles, que el viento
Halaga con pausado movimiento
En esa selva hojosa?»
«De aquella fuente entre las claras linfas,
¿No le articulan invisibles ninfas
Con eco lisonjero?...
¿Por qué callar el nombre que te inflama,
Si aun el silencio tiene voz, que aclama
Ese nombre que quiero?...»
«Nombre que un alma lleva por despojo;
Nombre que excita con placer enojo,
Y con ira ternura;
Nombre más dulce que el primer cariño
De joven madre al inocente niño,
Copia de su hermosura:»
«Y más amargo que el adiós postrero
Que al suelo damos, donde el sol primero
Alumbró nuestra vida.
Nombre que halaga y halagando mata;

Nombre que hiere—como sierpe ingrata—
Al pecho que le anida...»
«¡No, no lo envíes, corazón, al labio!...
¡Guarda tu mengua con silencio sabio!
¡Guarda, guarda tu mengua!
¡Callad también vosotras, auras, fuente,
Trémulas hojas, tórtola doliente,
Como calla mi lengua!»

III

Con un gemido enmudeció María.
Y—dando de rubor visible muestra—
Su rostro, que el amor enardecía,
Cubrió un momento con su blanca diestra.
Mas luego se alza, y en su altiva frente
Ya la victoria del orgullo miro,
Cual si del pecho su pasión ardiente
Lanzase envuelta en el postrer suspiro...
Cuando á leve rumor—que entre la hierba
Suena—de humana planta producido,
En medio de su orgullo y saña acerba,
La despechada amante presta oído.
¡Cuál late el corazón! ¡Con qué zozobra
Aquel rumor aproximarse escucha!...
¡Amor su cetro vacilante cobra:
En vano la razón se esfuerza y lucha!
¡Él es! ¡Allí está ya!... Clama el orgullo:
—Tente y escucha mis acentos: ¡tente!—
Mas piérdese su voz, cual el murmullo
De humilde arroyo al ruido del torrente;

Que cuando amor tan imperioso grita,
Razón y orgullo á su placer sofoca,
Y al corazón turbado precipita,
Cual bajel sin timón, de roca en roca.

¡Él es! ¡Allí está ya! Desdén, ausencia,
Todo lo olvida la infeliz María;
Que al verse de su amado en la presencia,
La noche se convierte en claro día.

¡Feliz si en pos de la fatal quimera,
Que hora la inunda en célico contento,
Al despertar del sueño no la espera
Desencanto mayor, mayor tormento!

¡Feliz si de su orgullo la memoria
No turba más su pecho sojuzgado!...
¡Feliz si en el sepulcro de su gloria
Su amor también no deja sepultado!

LA CRUZ

¡Canto la Cruz! ¡Que se despierte el mundo!
¡Pueblos y reyes, escuchadme atentos!
¡Que calle el universo á mis acentos
Con silencio profundo!

¡Y tú, supremo Autor de la armonía,
Que prestas voz al mar, al viento, al ave,
Resonancia concede al arpa mía,
Y en conceptos de austera poesía
El poder de la Cruz deja que alabe!

Se asombra el orbe, se conmueve el cielo,
De ese nombre al lanzar eco infinito,
Que aterroriza al inmortal precito

En su mansión de duelo.
¡Canto la Cruz! El ángel, de rodillas,
Postra á tal voz la luminosa frente;
Tú, excelso querubín, tu ciencia humillas;
Y del amor las altas maravillas,
Absorto adora el serafín ardiente.

Alzad vuestro pendón brillante y puro,
¡Oh de la fe sublimes campeones!
Y que su luz dirija las naciones

Al porvenir obscuro.
Sólo él, que á miles las victorias cuenta,
Disipar puede sombras y vestiglos...
Sólo él, que eterno la verdad sustenta,
Y—como en firme pedestal—se asienta
En la cerviz de diez y nueve siglos.

¡Alzad, alzad vuestro estandarte regio,
A cuyo aspecto hundiéronse al abismo
Los dioses del antiguo paganismo,

Desde su Olimpo egregio!
¡Alzadlo, cual lo alzó resplandeciente
—Como emblema de triunfo—Constantino
Sobre el cesáreo lauro de su frente,
Las águilas de Roma armipotente
Parias rindiendo al lábaro divino!

Alzadlo cual le halló—noble, pujante,
Más fuerte que los pueblos y los reyes—
Sobre escombros de razas y de leyes

El bárbaro triunfante.
Por sus bridones con desprecio hollado
Fué el esplendor romano envejecido;
Mas de esa Cruz ante el poder sagrado
Detúvose el torrente desbordado,

Y el ruego al vencedor dictó el vencido.

Alzadlo cual se alzó, piadoso y bello,
A ennoblecer bajo su blando yugo
El que al destino descargar le plugo

De América en el cuello.

Dió un paso el tiempo, y á su influjo vario
—Que tan pronto derriba como encumbra—

Ya no es de un mundo el otro tributario;
Mas inmutable al signo del Calvario
El sol del Inca y del Azteca alumbrá.

¡Alzad la Cruz! Su apoyo necesita
La vacilante humanidad.—Doquiera
¿No la véis, á la par doliente y fiera,

Cuál convulsa se agita?

Lanzada entre problemas pavorosos,
Y á impulsos, ¡ay! de un vértigo profundo,
¿Qué le valdrán esfuerzos dolorosos,
Si de esa Cruz los brazos poderosos
No hallan asiento en que descansen el mundo?

Alzad, alzad vuestro pendón divino,
Símbolo de salud, cifra de gloria,
Pues sólo y siempre explicará la historia
Del humano destino.

¡Alzadlo! que los siglos él presida,
Como la ígnea columna del desierto,
Que entre las sombras, de esplendor vestida,
Para alcanzar la tierra prometida
Señalaba á Israel camino cierto.

¡Alzad la Cruz, con cuyo austero nombre
Su progreso marcó la era cristiana,
Mostrándole ella, en acta soberana,

La libertad del hombre!

Fué su conquista, y ella la afianza;
Diciendo al porvenir, como al pasado,
Que sólo en ella la igualdad se alcanza,
Pues son sus brazos la única balanza
Donde pesan al par cetro y cayado.

Allí también la omnipotente diestra
Pesó el valor del mundo... ¡oh maravilla,
Que si del hombre la razón humilla,

Su dignidad demuestra!

¡Sí! pesó al mundo la eternal justicia,
Pesólo por alzar el que lo abate,
Yugo cruel de la infernal malicia...
Y en aquel tanto amor cargó propicia,
Que la vida de un Dios fué su rescate.

Por eso en los ásperos brazos
Del leño sagrado, se ostentan
Las manos que al orbe sustentan,
Las manos que rigen al sol.

Por eso en gemidos se ahoga
La voz que á la nada fecunda,
Velada por sombra profunda
La luz de la gloria de Dios.

Tú espiras, ¡Autor de la vida!
La muerte contigo se ensaña...
Mas rota quedó la guadaña
¡Al darte su golpe cruel!

Alzado en tu trono sangriento,
Su trono por siempre derrumbas...
¡Los muertos, rompiendo sus tumbas,
Recogen tu aliento postrer!

El rey de la tierra, probando
Fatal fruto del árbol de ciencia,

La muerte nos dió por herencia,
Y esclavos nos hizo del mal.

El Rey de los cielos, cual fruto
Del árbol de amor, nos convida,
La patria nos vuelve y la vida;
¡Por padre al Eterno nos da!

¡Florece, Arbol santo, que el astro
De eterna verdad te ilumina,
Y el riego de gracia divina
Fomenta tu inmensa raíz!

¡Florece, tus ramas extiende...
La estirpe de Adán, fatigada,
Repose á tu sombra sagrada
Del uno al opuesto confín.

¡Te acaten pasando los siglos,
Y tú los presidas inmoble,
Y toda rodilla se doble
Al pie de tu eterno vigor!....

Los cielos, la tierra, el abismo,
Se inclinen si suena tu nombre...
¡Tú ostentas á Dios hecho hombre!
¡Tú elevas el hombre hasta Dios!

DON RAFAEL M. BARALT

Á CRISTÓBAL COLÓN

AL SEÑOR D. DOMINGO DEL MONTE

Venient annis sæcula seris,
Quibus Oceanus vincula rerum
Laxet et ingens pateat tellus
Thetisque novos detegat orbes
Nec sit terris ultima Thule.

(SÈNECA, *Medea*.)

Tu frágil carabela
Sobre las aguas con tremante quilla,
Desplegada la vela,
¿Dó se lanza, llevando de Castilla
La venerada enseña sin mancilla?
Y abriéndose camino
Del no surcado mar por la onda brava,
¿Por qué ciega y sin tino,
Del pérfido elemento vil esclava,
La prora inclina á donde el sol acaba?
¿No ves cómo á la nave
Desconocidos vientos mueven guerra?
¿Cómo, medrosa el ave,
Con triste augurio que su vuelo encierra,

Al nido torna de la dulce tierra?
La aguja salvadora,
Que el rumbo enseña y que á la costa guía,
¿No ves cómo á deshora
Del Norte amigo y firme se desvía,
Y á Dios y á la ventura el leño fia?
¿Y el piélago elevado
No ves al Ecuador, y cuál parece
Oponerse irritado
A la ardua empresa; y cuál su furia crece;
Y el sol como entre nublos se obscurece?
¡Ay! que ya el aire inflama
De aligeras centellas lluvia ardiente:
¡Ay! que el abismo brama;
Y el trueno zumba; y el bajel tremente
Cruje, y restalla, y sucumbir se siente.
Acude, que ya toca
Sin lonas y sin jarcia el frágil leño
En la cercana roca;
Mira el encono y el adusto ceño
De la chusma sin fe contra tu empeño:
¿Y cuál su vocería
Al cielo suena; y cómo, en miedo y saña
Creciendo, y agonía,
Con tumulto y terror, la tierra extraña
Pide que dejes por volver á España!
¡Ay triste! que arrastra-lo
De pérvida esperanza, al indo suelo
Remoto y olvidado,
Quieres llevar flamígero tu vuelo!
¿No ves contrario el mar, el hombre, el cielo?
La perla reluciente

Y el oro del Japón buscas en vano;
En vano á Mangi ardiente;
Ni de las hondas aguas de Oceáno
Jamás verás patente el grande arcano.
¡Vuelve presto la prora
Al de Hesperia feliz, seguro puerto,
Donde del nauta llora,
Juzgándole quizá cadáver yerto,
La inconsolable madre el hado incierto!
Engañosa sirena
Vanamente el error cante en su lira:
¡Colón! clava la antena;
Corre, vuela; no atrás, avante mira;
Al remo no des paz; no temas ira.
Y aunque fiero, atronado,
Ruja el mar, clame el hombre y brame el viento
En furia desatado,
Resista el corazón, y al rudo acento,
De tus pinos aviva el movimiento.
Por la fe conducido,
Puesta la tierra en estupor profundo,
De frágil tabla asido,
Tras largo afán y esfuerzo sin segundo
Así das gloria á Dios y á España un mundo.
¡Oh noble, oh claro día
De inclita hazaña y la mayor victoria
De la humana osadía,
En fama excelso, sin igual en gloria,
Eterno de la gente en la memoria!
En la tostada arena
Te vió, sabio ligur, mojar en llanto,
De asombro el alma llena,

Y en voz de amor y de alabanza en canto
Entonar de David el himno santo;

De Cristo el alto nombre
Aclamar triunfador entre la gente
Y un culto dar al hombre
Desde el gélido mar y rojo Oriente
Al confin apartado de Occidente;

Y la sacra bandera
Que nuevo Dios y nuevo rey pregona,
Al viento dar ligera
Del astro de los Incas en la zona,
Astro luego de Iberia y su corona.

La veleidosa plebe,
Humillada á tus pies, en plauso ahora
Al cielo el grito mueve;
Y el que del sol en las regiones mora
Angel te llama y como Dios te adora.

¡Qué humana fantasía
Dirá tu pasmo, y cuánto el pecho encierra
De orgullo y de alegría!
Trocada en dulce paz, ve aquí la guerra;
Cual divina visión, allí la tierra.

No el que buscas ansioso,
Mundo perdido en tártaras regiones;
Mundo nuevo, coloso
De los mundos, sin par en perfecciones,
De innumerables climas y naciones,

De ambos polos vecino,
Entre cien mares que á su pie quebranta
El Ande peregrino,
Cuando hasta el cielo con soberbia planta
Entre nubes y rayos se levanta.

Allí, raudo, espumoso,
Rey de los otros ríos, se arrebató
Marañón caudaloso
Con crespas ondas de luciente plata,
Y en el seno de Atlante se dilata.

De la altiva palmera
En la gallarda copa dulce expira
Perenne primavera;
Y el condor gigantesco fijo mira
Al almo sol, y entre sus fuegos gira.

Allí fieros volcanes;
Émulo al ancho mar lago sonoro;
Tormentas, huracanes;
Son árboles y piedras un tesoro,
Los montes plata y las arenas oro.

¿Qué tardas? ¡Lleva á Europa
De tamaño portentoso alta preseal
Hiera céfiro en popa,
Ó rudo vendaval, que pronto sea,
Y absorto el orbe tu victoria vea.

El piélago sonante
Abrirá sus abismos, sorda al ruego
La nube fulminante
Su terrífica voz lanzará luego,
Y tinieblas, y horror, y lluvia, y fuego.

Y del mar al bramido
Unirá contra tí la envidia artera
Su ronco horrible aullido.
¡Piloto sin ventura! ¿A qué ribera
Llegará tu bajel en su carrera?

¿Qué será de tu gloria?
Tu nombre, entre las gentes difamado,

¿Morirá sin memoria?
¡Ó tal vez de las ondas libertado
Por tu empresa un rival será premiado?
Todo será: el delirio
De pérfido anhelar que vence, y llora;
Gozo, gloria, martirio;
Cadena vil y palma triunfadora;
Cuanto el hombre aborrece y cuanto adora.
Mas ¿qué á tu fe del viento,
Del rayo y la traición, crudos azares?
¡Levanta el pensamiento,
Elegido de Dios; hiende los mares,
Y con nombre inmortal pisa tus lares!
No Argos más gloriosa
Llevó á Tesalia el áureo vellocino
De Colcos la famosa,
Ni, de Pallas guiada, en el Euxino,
Con esfuerzo mayor se abrió camino.
De gente alborozada
Hierva ondeando el puerto, el monte, el llano,
Cual en tierra labrada
Mece la blonda espiga en el verano
Con rudo soplo cálido solano.
Y de ella sale un grito
De asombro y de placer que al mar trasciende
Con ímpetu inaudito:
¡Colón! exclama, y los espacios hiende,
Al polo alcanza, hasta el empíreo asciende.
Del incógnito clima,
¡Oh Rey de Lusitania! los portentos
Y la mies áurea opima,
Llorando el corazón duros tormentos,

Airados ven tus ojos, y avarientos.
De tí y de tus iguales,
El anglo poderoso, el galo fuerte,
Á las plantas reales
¿Un mundo no ofreció, y excelsa suerte,
Del tiempo vencedora y de la muerte?
Si de Enrique tuvieras
El ánimo preclaro, ajena hazaña
En mal hora no vieras,
Ni el mar inmenso que la tierra baña
Hacer de entrambos mundos una España.
Ni á Iberia agradecida,
Del aurífero Tajo hasta Barcino,
Ofrenda merecida
De incienso y flores, cual á ser divino,
Rendirle fiel en el triunfal camino.
Su esfuerzo sobrehumano
Tus joyas, Isabel, trocó en imperios;
Por él ya el orbe ufano
Saluda tu estandarte, y son hesperios
Del uno al otro mar los hemisferios.
¡Fernando! ¿Qué corona
Al huésped de la Rábida guardada
Sus hechos galardona?
¿Bastará tu corona, que empeñada
Con todo su poder se vió en Granada?
Dilo tú, que en el templo
Vagas inulta en medio á los despojos
¡Oh sombra de alto ejemplo,
En cuya mano y sien miran los ojos
Grillos por cetro, y por corona abrojos!
Mas no á la gran Castilla

El rostro vuelvas, ni á Isabel, ceñudo;
No es suya la mancilla;
Que á ti fué abrigo cuando más desnudo;
Al indio madre; al africano escudo.

Y unirá su alta gloria
Á tu gloria la tierra agradecida
Con perpetua memoria,
Cuando en el indio suelo, al fin rendida,
Vigor nuevo recobre y nueva vida.

Que Dios un vasto mundo,
Cual de todos compuesto, no formara
Sin designio profundo;
Ni allí de sus tesoros muestra rara
En cielo y tierras y aguas derramara.

Tu alada fantasía,
Al contemplarlo, en el Edén primero
Volando se creía;
Y Edén será en el tiempo venidero,
De la cansada humanidad postrero,
Donde busquen asilo
Hombres y leyes, sociedad y culto,
Cuando otra vez al filo
Pasen de la barbarie, en el tumulto
De un pueblo vengador con fiero insulto.

¡Ay de ellas, las comarcas
Viejas en el delito y la mentira;
De pueblos, de monarcas;
Cuando el Señor, que torvo ya las mira,
Descoja el rayo y se desate en ira!

Por las tendidas mares
Entonces vagarán, puerto y abrigo,
Paz clamando, y altares;

Y después de las culpas y el castigo
Nuevo mundo hallarán cordial y amigo:

¡Colón! El mundo hermoso
Que de su seno á las hinchadas olas
Arrancaste animoso,
Coronando de eternas aureolas
Las invencibles armas españolas.

Así de polo á polo
Resuena el canto: extiende tu renombre
Por los cielos Apolo;
Y, emblema de virtud y gloria al hombre,
De una edad á otra edad lleva tu nombre.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO MARTEL"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO